

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

ROCHER SALAS, Adriana. *La disputa por las almas. Las órdenes religiosas en Campeche, siglo XVIII*. México: Dirección de Publicaciones del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2010. 469 p. ISBN: 978-607-455-435-9.

La ubicación geográfica, los condicionamientos ambientales, la resistencia indígena, entre otros, fueron factores que contribuyeron a limitar y condicionar el proceso de evangelización y que propiciaron la conformación de elementos peculiares en las distintas partes de la América colonial. Explicar este proceso es, precisamente, lo que estudia Adriana Rocher Salas en su obra *La disputa por las almas. Las órdenes religiosas en Campeche durante el siglo XVIII*.

Pero más que un repaso a la situación religiosa, lo que se nos propone es descifrar la situación social existente en el Yucatán colonial, la cual es directamente proporcional de aquélla y que se caracterizaba, sobre todo, por el enfrentamiento, por el conflicto. Así, la autora nos ha mostrado que, al final, y pese a tratarse de instituciones religiosas, lo que menos importaba eran las almas en sí mismas porque esas almas se habían terminado por convertir en los rehenes dentro de una simple y básica lucha de poder. Por tanto, no se puede menos que felicitar a la autora por la elección de un título muy acertado que refleja a la perfección lo que se desgrana a lo largo de las más cuatrocientas páginas: la competición social en que se vieron envueltos los cuadros eclesiales de Campeche –tanto el clero regular, el principal objeto de atención, como el secular– que tuvo como consecuencia que la labor pastoral casi pasase a un segundo plano. Lo que se estaba dirimiendo era el prestigio y la posición de las instituciones sociales que sólo se fortalecían o triunfaban en la medida que debilitaban a las otras. De ahí los enfrentamientos, tanto dentro del estamento clerical como de éste con las autoridades políticas, que comprometían, muy a menudo, la convivencia, pero que no eran, ni más ni menos, que el reflejo de las contradicciones de la sociedad colonial.

La obra gira en torno las tres órdenes religiosas establecidas en Campeche, a saber: los franciscanos, los jesuitas y la orden de San Juan de Dios. El tratamiento y el peso de cada una de ellas en la obra se corresponde con el peso e influencia que tenían en la sociedad. De esta manera, es la provincia franciscana de San José la que centra la mayor parte de los análisis. Había sido la corporación religiosa que se encargó de la primera cristianización de la zona y que dominaba la mayor parte de ella, en la medida que concentraba su actuación en el ámbito rural donde estaban gran parte de las almas, es decir, los indígenas, a los que había controlar constantemente, no sólo porque había que garantizar su ortodoxia religiosa sino también, y sobre todo, porque se habían convertido en la principal fuente de riqueza del Yucatán, hecho que hacía fuertes a los franciscanos dentro de la sociedad colonial, y en el principal sustento de la orden a través de las obviaciones y derechos parroquiales que pagaban. Por esta razón, junto a los franciscanos aparece el tapado de la obra, que no es otro que el clero secular, el cual fue la principal amenaza para la posición preeminente alcanzada por los franciscanos

puesto que, al igual que en otras zonas del continente, durante el siglo XVIII se intentó traspasar las doctrinas de indios, en manos de las órdenes religiosas, al clero secular como consecuencia de un aumento de las tendencias centralizadoras de la Monarquía, las cuales culminarían en las reformas derivadas del regalismo borbónico de la segunda mitad del siglo. Pero también por cierta desvirtuación de las funciones de los frailes que les fue alejando, cada vez más, de los ideales seráficos de evangelización y de pobreza. Los franciscanos de Yucatán ofrecieron un espectáculo poco edificante a lo largo del siglo XVIII. A la par que se evidenciaban ciertos abusos en su trato con los indígenas, aparecían luchas de bandos en la provincia franciscana que, cuando menos, comprometían la posición dominante alcanzada porque propiciaron la intervención tanto de las autoridades políticas como diocesanas lo que, en última instancia, daba argumentos a favor de la pretendida secularización de las doctrinas de indios. Adriana Rocher muestra que este proceso fue inevitable, por más que el clero secular no estuviese preparado para ello y que, tras la revuelta de Jacinto Canek de 1761, se volviese a recurrir a los franciscanos para ponerse al frente de los curatos de indios.

Si los franciscanos dominaban el área rural, los jesuitas fueron los que ocuparon el ámbito urbano. El análisis del establecimiento, desarrollo y extinción de la Compañía de Jesús en Campeche está lleno de pasajes excelentes por parte de la autora. Los jesuitas llegaron para cubrir una necesidad social pues la ciudad demandaba una instrucción de calidad para sus vástagos. Además los jesuitas ofrecían un cuidada atención espiritual con unos religiosos muy bien preparados y que se traduciría en la fundación de la Congregación de la Buena Muerte. Por lo cual, es normal que pronto la Compañía, de igual modo que había hecho en distintas partes del mundo, se vinculase con los grupos dirigentes y autoridades civiles y diocesanas y que consiguiese una posición dominante. El proceso queda bien testimoniado a través del estudio de la evolución de la actividad económica desarrollada en Campeche por el colegio jesuita: tras una primera fase de captación de recursos y de un comportamiento conservador, se pasó a una estrategia más dinámica que buscaba el incremento de la rentabilidad pero que terminó por comprometer la salud financiera de la institución, y con ello, su prestigio social. La expulsión decretada por Carlos III no fue sino el colofón de una empresa que no logró cuajar del todo.

Dado su peso en la sociedad campechana, la autora dedica menos páginas al Hospital de San Juan de Dios. Sin embargo, hay que agradecerle su esfuerzo por aclarar el papel que jugó y, sobre todo, que explique muy bien que, ciertamente con muchas dificultades, atendía una parcela básica, y más en una ciudad portuaria, que de otra forma nunca hubiera sido cubierta.

El libro está bien articulado en cuatro grandes capítulos y el utillaje gráfico y de tablas es rico y variado, aunque quizás hubiera sido mejor insertar a lo largo del libro los cuadros que componen el anexo final. Por otro lado, la bibliografía utilizada es amplia y actualizada. De igual modo, el apoyo documental es impecable, lo que revela un concienzudo trabajo de consulta y análisis en diferentes archivos. Siendo como es una obra bien ordenada, no obstante la narración se resiente, a veces, de ciertas repeticiones en el tratamiento de algunas temáticas, lo que da la sensación de una excesiva estructura circular. Sin embargo, este hecho se explica por la

voluntad consciente de la autora de hacernos comprender la imbricación social de las órdenes religiosas dentro de la sociedad yucateca.

El trabajo de Adriana Rocher Salas es muy meritorio. Su empeño ha sido mostrar que si las órdenes religiosas existían en Campeche era porque cumplían con lo que la sociedad colonial les demandaba; lo cual no impidió que se produjeran roces y conflictos, más cuando la evolución política del siglo XVIII se traducía en un incremento del poder civil. Ha expuesto con maestría lo que costaba a las instituciones religiosas separar la Ciudad de Dios de la ciudad terrena y como, en última instancia, parecían estar más cómodas en ésta que en aquélla.

Antonio Irigoyen López
Universidad de Murcia
adiri@um.es